

LA FILOSOFÍA EN LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

El recientemente desaparecido historiador Jenaro Godoy publicó en la revista *Dilemas* N^o 13 un penetrante artículo sobre "El estudio de la Historia como deber moral". En él esboza una ontología de la historia "evenemencial" o fáctica y una teoría del conocimiento historiográfico. Este doble bosquejo fundamenta el imperativo ético que encabeza su escrito. (La perspicaz visión del desarrollo de la conciencia histórica que entrelaza con estos temas es algo que también conviene destacar).

El ensayo es denso, apretado. No hay en él ningún relleno, ninguna frase de más, no sobra nada. Y no sólo porque se mueve hacia una *fundamentación* del quehacer histórico. La última conferencia que le oí, en 1976, versaba sobre *La crisis política romana* y tuvo la misma característica. Profanos y especialistas, acordes en que habían escuchado pensamientos cuya lenta maduración había durado años, con una vehemencia que me dejó sorprendido, le aplaudieron a lo largo de varios minutos.

Godoy se opone a los empiristas o positivistas ingenuos que hicieron suya la famosa consigna de Ranke, según la cual *el historiador debe mostrar lo que realmente aconteció*. Había que dejar de lado, pues, toda interpretación, ya que interpretar la realidad es transformarla y tal modificación es desfigurarla. La conciencia —se creía— tiene que limitarse a reflejar pasivamente el objeto para que se produzca un efectivo conocimiento de él. Los hechos, por tanto, eran lo único substantivo; a ellos debía atenderse estrictamente el científico. La *interpretación* de los hechos, por el contrario, era lo accesorio y adjetivo, un agregado postizo carente de genuina importancia. Nuestro autor muestra que, basándose en esta postura, no es posible llegar a elaborar una ciencia histórica que merezca el nombre de tal; partiendo de ella se alcanza el nivel de la mera crónica, del simple reportaje. En rigor, ni siquiera eso. Las actividades del cronista y del reportero implican, cada una a su manera, cierta *selección* de los hechos y una presentación *ordenada* de ellos. Lo uno y lo otro son *formas de interpretación* que condicionan decisivamente esas tareas. Esto significa que los historiadores que querían exponer los aconteci-

mientos en su pura desnudez no lo lograban y ni siquiera se percataban de ello, ya que no tenían, en general, una conciencia clara de la estructura de su propia labor. Los preconcepciones metafísicas y gnoseológicas de que eran presa y que actuaban en un plano infraintelectual de sus personas, los condujeron a tan incómoda situación.

Ateniéndose a la filosofía actual, el historiador cae en la cuenta de que a la realidad le es esencialmente inherente *darse en una perspectiva*, la cual implica siempre una interpretación de lo que se le ofrece, o más bien, de lo que se *constituye con ella*. Asume, entonces, esa dimensión de su faena que, además de ser imprescindible, puede otorgar el carácter de ciencia a la historiografía: el *interpretar*. Esta asunción le exige plantearse una serie de incisivas interrogantes. Por lo pronto, las siguientes: ¿Desde dónde es preciso efectuar la interpretación? ¿Cómo podemos sustraernos a lo arbitrario —entendido como lo caprichoso, lo frívolo —al elegir las categorías interpretativas?

Para responder estas preguntas tenemos que referirnos a tres de las tesis metafísicas que acerca de la historicidad de la vida humana sustenta Godoy. Me limito a enumerarlas, dejando tácitos los matices que precisarían su alcance. 1º Nosotros, los hombres *presentes*, somos una y misma cosa con nuestro pasado. 2º De ese pasado ha brotado nuestro *presente*. 3º De nuestro *presente* ha de emerger nuestro futuro.

Siendo el presente la dimensión temporal en la que confluyen las demás, nos aparece con un rango privilegiado. De él, de su peculiar perfil, de su particular problematización tienen que surgir las pautas y normas, conceptos y categorías desde donde podremos interpretar el pasado. La presión que sobre nosotros ejercen las cuestiones que nuestro tiempo nos pone delante debe ser aquello que otorgue dirección del pretérito. Sólo así cabe librarse de caer en fantasías caprichosas al hacer historia.

Y en esto comprobamos un curioso círculo. Si queremos investigar nuestro pasado, somos remitidos de manera necesaria, como a una instancia que encauza y orienta, al presente. Pero ocurre que nuestro interés por el pasado no es gratuito; no nos ocupamos de él por él mismo, ni por afán de erudición, ni por ejercitar la memoria. Al procurar desentrañar, a través de la interpretación el significado oculto de los hechos pretéritos, lo que buscamos, en último término, es aclarar el presente, nuestra propia vida. Y habría que agregar esto: en la medida en que el mañana surge del hoy, ese esclarecimiento ilu-

mina el porvenir. *El asiduo trato del historiador con el ayer posee, en el fondo, carácter futurizante, prospectivo.* Y lo tiene por lo mismo en el sentido de que al indicarnos lo que no hay que hacer, lo que es preciso evitar, nos libera de lo que fue.

En resumen, el estudio de la historia no es uno cualquiera, ni es equiparable con otros que abordan sectores acotadísimos —y en cierta perspectiva, derivados, secundarios— de la vida humana. Es esta misma, íntegra y en uno de sus planos más importantes de concreción o facticidad, el tema histórico.

Jenaro Godoy declara que no coincide con aquellos que separan la historia de la filosofía. Postularía, pues, sin decirlo expresamente, que la filosofía debe desempeñar un papel relevante en la configuración de la ciencia histórica. En efecto, cuando el historiador actual se apoya en el presente para dirigir su atención al pretérito, encuentra en aquél —el presente— no sólo la presión didáctica de su problematismo sino, también, las categorías que los pensadores que se han dedicado a analizar la estructura de la existencia del hombre pueden aportarle. Las ideas —filosóficas, por cierto— de temporalidad, historicidad, cultura, vigencia social, generaciones, cambios, crisis, etc., son —o serán—, sin duda, conceptos operacionales de gran alcance dentro de la dimensión *a priori* de la historiografía.

Rememorando su noble figura, su hablar grave, reposado y sereno, pienso que Jenaro Godoy estaría de acuerdo conmigo en este planteamiento. Valgan estas líneas como emocionado homenaje a su fecunda labor magistral.

JORGE ACEVEDO